



Poesía de fundación y subjetividad en las »Silvas americanas« de Andrés Bello

Author(s): Klaus Meyer-Minnemann

Source: *Iberoamericana* (1977-2000), 24. Jahrg., No. 2/3 (78/79), Cultura, Historia y Literatura de Venezuela / Kultur, Geschichte und Literatur Venezuelas (2000), pp. 72-87

Published by: Iberoamericana Editorial Vervuert

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/41671849>

Accessed: 09-08-2017 04:58 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://about.jstor.org/terms>



Iberoamericana Editorial Vervuert is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Iberoamericana* (1977-2000)

Poesía de fundación y subjetividad en las »Silvas americanas« de Andrés Bello*

Cuando en 1823 Andrés Bello publica en Londres los más de ochocientos versos de su *Alocución a la Poesía* en la *Biblioteca Americana*, de la que fue cofundador, les agrega el subtítulo de »Fragmentos de un poema inédito titulado América«.¹ Tres años después en la revista *El Repertorio Americano*, en cuya fundación también participó, Bello da a conocer el poema extenso *La agricultura de la Zona Tórrida* como primer ejemplo de una serie de »Silvas americanas« que tenía previstas. En una nota a pie de página Bello observa:

A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana bajo el título »América«. El autor pensó refundirlas todas en un solo poema: convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones i adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos.²

Por cierto que la primera »Silva americana« también sería la última que Bello dio a la estampa en su larga vida. Ni el poema extenso »América«, cuyo contenido, estructura y dimensiones no se perfilan claramente, ni la serie anunciada de »Silvas americanas« se terminaron. No obstante, es posible deducir de la *Alocución a la Poesía* y *La agricultura de la Zona Tórrida* el concepto que debía subyacer al poema extenso »América«.³ Este concepto se rige por las

* El presente trabajo es la versión reelaborada y ampliada de una contribución que, bajo el título de »Poeta vates und persönliches Ich: Zum Ausdruck von Subjektivität in Andrés Bellos Großgedicht »América«, se publicó en S. Große/A. Schönberger (eds.): *Dulce et decorum est philologiam colere: Festschrift für D. Briesemeister zu seinem 65. Geburtstag*, Berlin: Domus Editoria Europaea 1999, t. I, pp. 481-488. Agradezco a Daniela Pérez y Effinger, Hamburgo, su valiosa ayuda en la redacción española del texto.

1 Véase *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes i Ciencias por Una Sociedad de Americanos*, Londres 1823, p. 3 (edición facsímil, Caracas: Edición de la Presidencia de la República 1972).

2 *El Repertorio Americano* I, p. 7 (cfr. la edición facsímil *El Repertorio americano, Londres, 1826-1827. Prólogo e Índices* por Pedro Grases, 2 vols., Caracas: Edición de la Presidencia de la República 1973, vol. I).

3 Sobre la pregunta de cómo hubiera sido el poema »América« se puede consultar con provecho Araya (1982: 60ss.) quien examina las deducciones al respecto de Barnola (1962) y Rodríguez Monegal (1963-64), aunque los especialistas de la obra de Bello no siempre estarán de acuerdo con todas las conclusiones de Araya.

tres grandes obras de Virgilio: las *Bucólicas* (la vida pastoril), las *Geórgicas* (la agricultura) y la *Eneida* (las travesías y hazañas de Eneas). Una tradición que perduraba desde hacía siglos, veía en ellas la esencia de la representación poética del Viejo Mundo: la naturaleza silvestre e idílica, la cultura creada por el ser humano, y una historia vista a través del mito, que Bello ahora quería crear para el Nuevo Mundo en una especie de gran síntesis. No sólo Bello pensaba que este Nuevo Mundo tenía un gran porvenir. Es sabido que la idea de que América era el continente del futuro, remontaba a la época de los descubrimientos. Se había renovado en la ardiente polémica acerca del Nuevo Mundo, sostenida a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII a raíz de las consideraciones denigrantes de Buffon y De Pauw (Gerbi 1993: 160ss.). Pero ante la envergadura de su proyecto, Bello, que desde 1810 vivía bajo condiciones económicas muchas veces precarias en Londres, lejos de su tierra natal, finalmente renuncia a sus planes. Es así como por más de cien años la *Alocución a la Poesía* y *La agricultura de la Zona Tórrida* quedaron como los únicos testimonios visibles de una ambición que había querido proporcionar la gran obra poética de fundación al mundo (hispano)americano liberado del dominio colonial (Ardao 1987). No obstante, también de esta forma Bello consiguió cumplir –por lo menos en parte– con su intención. Sobre todo la silva *La agricultura de la Zona Tórrida*, que el autor al publicarla, como muestra su nota de 1826, aparta del plan ya abandonado del poema extenso, a menudo servía de poema de identificación para la América liberada del dominio español.

Desde hace algunas décadas, sin embargo, disponemos dentro de las *Obras completas*, editadas en Caracas por la Casa de Bello, con el tomo titulado *Borradores de poesía* de la posibilidad de echar una mirada al taller de Bello. Dedicándose a la labor penosa y minuciosa del desciframiento de los manuscritos del autor, los miembros de la Comisión Editora de las *Obras completas* han transcrito la mayoría de los intentos poéticos de Bello dividiéndolos en dos partes. La primera parte abarca las »Silvas americanas« de Bello, más concretamente los versos desechados de los dos poemas extensos *Alocución a la Poesía* y *La agricultura de la Zona Tórrida*. La segunda se refiere a la transcreación parcial hecha por Bello de la epopeya de Boiardo, *L'Orlando innamorato*, en la versión de Francesco Berni, la cual, en 1862, se publicó en Santiago de Chile con un prólogo del historiador chileno Barros Arana. Gracias a los *Borradores de poesía* es posible penetrar más hondamente en la concepción del poema extenso »América« –o bien en los versos que más tarde se

conceptualizaron como »Silvas americanas«— de lo que antes era posible a base de los textos publicados por Bello mismo.⁴

Tanto en la *Alocución a la Poesía* como en *La agricultura de la Zona Tórrida*, la respectiva voz lírica que habla en los versos asume la postura de un *poeta vates*, es decir, de un poeta inspirado por Dios que anuncia el futuro a los hombres dirigiéndose directamente o indirectamente a ellos. La palabra latina »vates«, de origen inseguro, inicialmente no gozaba de gran prestigio en el mundo romano. Fueron los poetas de la época de Augusto los que primeramente le confirieron su aura conocida, calificando al Yo poético de sus obras en lugar destacado de »vates«.⁵

En el Neoclasicismo literario de las postrimerías del siglo XVIII y principios del XIX, muchos autores se sirven de la concepción antigua del *poeta vates* para sus poemas de carácter apelativo solemne. Lo mismo vale para la poesía que poco después se formará en el contexto del movimiento (hispano)americano de Independencia, donde la estilización del hablante lírico como *poeta vates* se encuentra sobre todo en el famoso poema extenso del año 1825, »La victoria de Junín: Canto a Bolívar«, de José Joaquín de Olmedo (Gunia/Meyer-Minnemann 1998). Al trazar el plan del poema largo »América«, también Andrés Bello se sitúa en esta tradición. En la *Alocución a la Poesía*, la voz de los primeros versos se dirige a la poesía concebida como persona:

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada,
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fué morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que al valor coronas;

4 Andrés Bello: *Obras completas II: Borradores de poesía*, Caracas: La Casa de Bello 1962. Acerca de las deficiencias aún existentes de esta edición de inéditos de Bello; cfr. Rodríguez Monegal (1963-64) y Araya (1982: 70 n. 44).

5 Así, por ejemplo, Horacio, *carm.* I, 1, 35-36, o Horacio, *epod.* 16, 63-66.

también allí la florecida vega,
el bosque enmarañado, el sesgo río,
colores mil a tus pinceles brindan;
y Céfiro revuela entre las rosas;
y fúlgidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
y el rey del cielo entre cortinas bellas
de nacaradas nubes se levanta;
y la avecilla en no aprendidos tonos
con dulce pico endechas de amor canta.
(*Alocución*, vv. 1-23).⁶

Es evidente que aquél que aquí habla recibe la legitimación de su decir gracias al aura de poeta señero y anunciador que le rodea en la tradición de la antigüedad, tal como se había renovado en la literatura neoclásica del siglo XVIII. Este aura le autoriza a dirigirse a la Poesía en nombre de los demás, en este caso de los pueblos de las naciones americanas que ya se independizaron o que aún están luchando por la Independencia, para exhortarla a abandonar la Europa amanerada y decadente, y fijar su residencia en América. Claro está que la ascendencia divina de este aura sólo tenía función simbólica y que la estilización del Yo poético como *poeta vates*, dicho de forma moderna, no podía reclamar más que un carácter de signo. No obstante, debería tomarse en serio y garantizar la importancia del poema.

En Bello, la construcción de la instancia enunciativa del poema como *poeta vates* se manifiesta de forma aún más evidente en la Silva I. *La agricultura de la Zona Tórrida*. Desde el principio esta instancia se dirige en una exclamación que ha de superar la exaltación de Italia en las *Geórgicas* de Virgilio, a la Zona Tórrida como receptora de su discurso. En Virgilio, el poeta al final de las *Laudes Italiae* saluda enfáticamente a la patria:

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
magna virum: tibi res antiquae laudis et artis
ingredior, sanctos ausus recludere fontis,
Ascraeumque cano Romana per oppida carmen.
(Virgilio, *Geórgicas* II, vv. 173-176).⁷

6 Aquí y en adelante las citas de las «Silvas americanas» proceden de la edición de las *Obras completas* de Andrés Bello, I: *Poesías*, Caracas: La Casa de Bello ²1981, con indicación de los números de verso correspondientes.

7 La cita sigue el texto de la edición de Mynors Oxford 1969. La traducción española es mía.

(Salve, madre fecunda de frutos, tierra de Saturno,
madre de héroes: a ti te dedico los objetos de elogio
y arte antiguos, a ti te alumbro atrevido las fuentes
y te ofrezco un poema ascreno cantado por las ciudades romanas).

La »magna parens frugum« es Italia, a la cual como »Saturnia tellus« (tierra de Saturno) se confieren rasgos de la Edad de Oro en un mundo, por lo demás, irremediabilmente desgraciado y laborioso. Al comienzo de su elogio de los trópicos, Bello se refiere a este punto final solemne de las *Laudes Italiae* en el segundo canto de las *Geórgicas*, y por la boca de su hablante lírico concebido como *poeta vates* pone desde el principio el acento en el sobrepujamiento de los versos virgilianos:

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribe
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.
(*La agricultura*, vv. 1-17).

En estos versos los trópicos son la tierra del sol eternamente presente. No son como la Italia de Virgilio, la región del lejano y mítico Saturno, el cual, si no se hablaba de él como dios tutelar de la Edad de Oro, se caracterizaba sobre todo por sus rasgos negativos (Klibansky/Panofsky/Saxl 1990).⁸

8 Dentro del imaginario complejo de Saturno, sin embargo, existía también una tradición de origen neoplatónico que identificaba a Saturno con el Sol (Klibansky/Panofsky/Saxl 1992: 240). No es imposible que Bello conociera esta tradición, lo que significaría que, al hacer decir al hablante del poema que la »fecunda zona« circunscribe al sol, el »vago curso« evocaba al mismo tiempo la idea de un padre omnipotente, especialmente favorable a los trópicos.

Originariamente, Bello había pensado que el tema de su poema extenso »América«, como ya se indica por el título, sería todo el continente americano. Esto se desprende de la *Alocución a la Poesía*, donde el *poeta vates*, además de otras muchas referencias al escenario grandioso del »mundo de Colón«, invita a la Poesía »a celebrar las maravillas / del ecuador«, cuyo cielo muestra del norte al sur la constelación del dragón que enrosca su »dorada espira« alrededor de la estrella polar, y la constelación de la paloma que »en las australes ondas moja el ala« (*Alocución*, v. 139-147).⁹ Con la decisión de abandonar el plan de un poema extenso dedicado a América, que probablemente no se toma antes del año 1826, Bello limita su »Silva I« a la agricultura de la Zona Tórrida.¹⁰

En la última parte del poema, dedicada a la exhortación a remediar las devastaciones de la lucha por la Independencia, la instancia enunciativa del poema concebida como *poeta vates* manifiesta sus calidades característicamente proféticas:

Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca; oigo las voces,
siento el rumor confuso; el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga;
batido de cien hachas, se estremece,
estalla al fin, y rinde el ancha copa.
(*La agricultura*, vv. 224-235).

La instancia enunciativa ve en una visión futura, cómo, gracias a la intervención del hombre, la naturaleza silvestre se convierte en tierra cultivable que llena los graneros al colono (*La agricultura*, vv. 236-268). Suplica a Dios que ayude a la »gente agricultora / del ecuador« y que mande al ángel de la paz. Invita a honrar el campo, la vida simple del labrador y su

9 Véase acerca de »América« como objeto del poema truncado Araya (1982: 57ss.)

10 Cussen (1992: 117, n. 8), quien ha examinado las marcas de papel de los manuscritos de Bello, llega a la conclusión de que el plan de un poema que fusionara los versos de la *Alocución a la Poesía* con otros aún inéditos se mantuvo hasta 1826, aunque piensa sin fundamento que entonces se titulaba »El campo americano«.

sencillez (*La agricultura*, vv. 269-355). De esta manera, como se vaticina al final, la libertad siempre tendrá su morada en las jóvenes naciones de América, se reducirá la ambición y la ley encontrará su sitio verdadero. Otros pueblos tomarán a las jóvenes naciones por modelo y las próximas generaciones imitarán a las presentes para que la Fama añada nuevos nombres a aquéllos que ahora ya aclama:

»hijos son estos, hijos,
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España«.
(*La agricultura*, vv. 366-374).

Con esta proclamación final de la Silva I. *La agricultura de la Zona Tórrida*, que en la visión del porvenir intercala la exaltación de hazañas presentes, Bello de nuevo supera el modelo virgiliano en el segundo canto de las *Geórgicas*, donde al final de las *Laudes Italiae* se celebran las victorias de César Octaviano (Virgilio, *Geórgicas* II, 170-172).

Cabe preguntarse, a estas alturas, por qué Bello recurre a la figura del *poeta vates* en las »Silvas americanas«. Una posible respuesta podría ser que el tema de las silvas requería una expresión solemne, a la cual en el marco de las normas poéticas de aquel entonces sólo se prestaba la instancia enunciativa del *poeta vates*. No hay que olvidar que se trataba de nada menos que de la proclamación de una especie de *translatio imperii*, en la cual también la poesía y la agricultura, dos de las actividades más nobles según el ideario de la época, iban a ocupar su sitio en América. Para Bello y su generación el problema de la fundación de una cultura genuinamente (hispano)americana no consistía, como cien años después, en la reivindicación de la diferencia ante un proyecto de modernización impuesto por Occidente y sólo realizado en parte. Más bien se planteaba sobre la base del carácter universal de los valores sociales y culturales de la humanidad, a los que en una reacción que podía calificarse de natural ante las tendencias retrógradas de la mayoría de los poderes europeos después de las grandes revoluciones de finales del siglo XVIII y principios del XIX, ahora se asignaba el continente americano como morada más idónea. Para expresar esta idea de modo poético, el cual seguía considerándose la forma

más elevada del decir humano, hacía falta una voz que sólo el modelo del *poeta vates* era capaz de garantizar.

Pero al concebir la voz de sus dos poemas largos, Bello no sólo siguió el modelo del *poeta vates*. También se atuvo al ideal corrector y complementario del *poeta doctus*. En esta instancia de enunciación no destacaban la inspiración divina del discurso poético ni la visión del futuro, sino el carácter artístico de dicho discurso y su poder de disponer de una sabiduría básica de la vida humana digna de comunicarse. Con el metro de la silva, que en la literatura hispanohablante de finales del siglo XVIII y de principios del siglo XIX correspondía a poemas de intención comunicativa solemne (Gomes 1998: 186s.)¹¹, Bello disponía de un medio de expresión apropiado tanto para una voz formada según el ideal del *poeta vates* como para el modelo del *poeta doctus*.

Un buen ejemplo para la concepción del hablante lírico según el modelo del *poeta doctus* se encuentra en el primer párrafo de la Silva I. *La agricultura de la Zona Tórrida* que sigue a los versos de la introducción. También en este párrafo Bello establece una relación intertextual con las *Geórgicas* de Virgilio contraponiendo a las fatigas de la agricultura en las zonas templadas, descritas por el autor latino, la abundancia de los trópicos como reflejo de la Edad de Oro:

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú en unas urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
que cuando de süave

11 El trabajo de Gomes (1998) es interesante porque plantea una relación mimética entre lo variado del verso de la silva y la selva americana, metonimia de América, aunque establece, a mi modo de ver, un paralelo hipo-/hipertextual poco probable entre las *Soledades* de Góngora y la *Alocución a la Poesía*. Creo, sin embargo, que el uso casi mimético del metro de la silva en las «Silvas americanas» de Bello va aún más lejos de lo que supone Gomes, porque se enlaza con la idea de la abundancia y facilidad de la vida en la Edad de Oro, véase infra. Por lo demás, existía una larga tradición de poesía didáctico-descriptiva, en parte también escrita en silvas castellanas, que Bello podía conocer, cfr. Durand 1960: 40.

humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo
y el perfume le das, que en los festines
la fiebre insana templará a Lileo.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca;
sus rubias pomas la patata educa;
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
y para ti el banano
desmaya al peso de su dulce carga;
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.
(*La agricultura*, vv. 18-63).

En este pasaje se manifiesta todo el arte de Bello. La mención de las plantas cultivables de los trópicos no sólo es una simple enumeración erudita según la pauta de la poesía científico-descriptiva del siglo XVIII heredera de las *Geórgicas*, una enumeración que el autor completa con notas a pie de página, como, por ejemplo, la advertencia de no confundir la yuca (i.e. la raíz de mandioca)

con la planta agavácea de mismo nombre.¹² También es una respuesta a la descripción del cultivo laborioso de las plantas de uso alimenticio en las *Geórgicas* de Virgilio, respuesta con la cual Bello pone en duda la legitimación del elogio de Italia en el segundo canto de las *Geórgicas* virgilianas. No es fortuito que Bello haga terminar la enumeración de las plantas cultivables de los trópicos con el banano »primero / de cuantos concedió bellos presentes / Providencia a las gentes / del ecuador con mano larga« (vv. 52-55). Frente al trigo, el fruto emblemático de la agricultura de las zonas templadas, el cual exige un cultivo laborioso, sobresale el banano que »no ya de humanas artes obligado / el premio rinde opimo« (vv. 56-57).

A tal superación del modelo de Virgilio, junto con la representación de una naturaleza pródiga y generosa que casi no tiene necesidad del cuidado humano, remitiendo así a la naturaleza de la Edad de Oro, correspondía una abundancia similar en la expresión lingüística que disimulaba los esfuerzos de la métrica. Según las normas de la silva, Bello utiliza una mezcla hábil de endecasílabos y heptasílabos. Tanto la mezcla de estos metros como la estructura de la rima son irregulares, haciendo alusión al abundante desorden de la naturaleza tropical, para cuyo aprovechamiento no se necesita abrir surcos fatigosos ni podar ramas. Así como se ofrece la naturaleza, brota el discurso del poeta, cuya *doctiloquentia* o artificio se van volviendo cuidadosamente naturales.

Así, queda claro que en la concepción del hablante lírico tanto en la figura del poeta vates como del poeta doctus apenas quedaba espacio para la expresión de un propio estado anímico inconfundible, aunque éste se había convertido en uno de los móviles más importantes para el discurso poético en aquellas décadas de transición del Neoclasicismo al Romanticismo, en las que vivía Bello. De hecho no se encuentra, con una sola excepción, ni en la *Alocución a la Poesía* ni en *La agricultura de la Zona Tórrida* la expresión de subjetividad de un estado de ánimo sensible. Esta excepción, sin embargo, evidencia que en la concepción del Yo poético de sus poemas largos Bello no excluía un sentimiento que le afectaba personalmente y que ya no cabía en el papel de las instancias de enunciación escogidas. Me refiero al exilio (Araya 1979). En la *Alocución a la Poesía* se lee en lugar destacado, después de la conjuración del firmamento y la fauna de América:

12 Entre las notas de Bello que acompañan los versos citados, se lee que la yuca »de cuya raíz se hace el pan de casabe (que es la *Jatropha manihot* de Linneo)« no se debe confundir »(como se ha hecho en un diccionario de grande y merecida autoridad)« con »la yuca de los botánicos« (i.e. *la yucca filamentosa* o *yucca glauca*), cfr. *O.C.* I, p. 66. El diccionario »de grande y merecida autoridad« que comete este error, es probablemente la *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, vol. 17, s.v. *yuca*.

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
exento, por las márgenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso;
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura,
viese arder en la bóveda azulada
tus cuatro lumbres bellas,
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
mides al caminante
por la espaciosa soledad errante;
o del cucuy las luminosas huellas
viese cortar el aire tenebroso,
y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yaraví amoroso!
(*Alocución*, vv. 169-188).

La voz que aquí habla no es la del *poeta vates* que en la evocación del pasado anuncia a su pueblo el porvenir. Tampoco es la del *poeta doctus* que en las «*Silvas americanas*» reemplaza al *poeta vates* sin que cambie la intención comunicativa solemne del poema. En estos versos más bien se manifiesta una emoción personal y muy subjetiva perteneciente a otro paradigma lírico que la estilización del Yo poético según los modelos antiguos del *vates* o del *doctus*. Ciertamente es que esta emoción aún se expresa en un lenguaje neoclásico, pero lo que dice ya no aspira a la comunicación de una verdad de aceptación general. Aquí más bien habla una voz cuyo lamento debe identificarse con el hablante mismo como sujeto de la enunciación. Este hablante marca su situación de enunciación fuera del «mundo de Colón» (*Alocución*, v. 10). Los lugares que ahora son las orillas del Cauca y del Aragua. Claro está que el hablante del poema remitía a Bello, esto es el autor, y, con la mención del Aragua, a su origen venezolano. Al escribir la *Alocución a la Poesía*, así la carga connotativa de los versos, el autor vivía lejos de su tierra, acosado por «cuidados enojosos». En contraste con esta situación se le confieren características edénicas a las orillas añoradas del Cauca y del Aragua.

Ahora bien, en los *Borradores de poesía* de Bello figura un pasaje más largo que sigue a una versión ligeramente diferente de la añoranza del paisaje ameno del Cauca y del Aragua evocado en la *Alocución a la Poesía*. Este pasaje, obviamente, pertenecía al proyecto abandonado del poema extenso »América«, pero no se publicó en vida de Bello.¹³ Los primeros versos de este pasaje rezan:

¿Y posible será que destinado
he de vivir en sempiterno duelo,
lejos del suelo hermoso, el caro suelo
do a la primera luz abrí los ojos?
¡Cuántas ¡ah! cuántas veces
dando aunque breve, a mi dolor consuelo
[os evoca ante mí la fantasía]
oh montes, oh colinas, oh praderas,
amada sombra de la patria mía,
orillas del Anauco placenteras
escenas de la edad encantadora
que ya de mí, mezquino,
huyó con presta irrevocable huida;
y toda en contemplaros embebida
se goza el alma, a par que pena y llora!
(O.C. II: »Silvas americanas«, vv. 990-1003).

Aquí la voz lírica se lamenta de estar lejos de su tierra. Lamenta la pérdida de la juventud y, acto seguido, llama a los amigos y compañeros de antes para aliviar el dolor de la soledad y romper las cerraduras del calabozo sombrío y de la tumba en la que vive. Sin embargo, se desespera por lo que vendrá aun cuando el cielo compasivo le permita volver a la patria:

Visitaré la cumbre, el verde soto,
el claro río, y la cañada amena;
mas a vosotros, ¡ah! mirar no espero.
No con alborozada enhorabuena
saludarme os oiré; no al cariñoso
regocijado seno he de estrecharos.
Diré a los ecos: los amigos caros,
la amada, el confidente, el compañero,
¿dó están? ¿a dó son idos?

13 Según Cussen (1992: 180) los versos de este pasaje se escribieron en 1826.

Idos, dirán los ecos condolidos,
y en mi patria, ¡ay de mí! seré extranjero.
(O.C. II: »Silvas americanas«, vv. 1050-1060).

El oyente o lector atentos van a reconocer en estos versos muchos temas y motivos literarios conocidos, incluso familiares: la juventud efímera, el motivo de »ubi sunt qui ante nos«, el motivo del peregrino retornado a la patria que se siente como un extraño, la respuesta del eco. También podría preguntarse si el humanista Bello no se apoya aquí en otro modelo antiguo, el del *poeta exul* de las *Tristia* y las *Epistulae ex Ponto* creado por Ovidio. Pero en total estos versos de expresión de un estado de ánimo personal resultan extraños en un proyecto poético que aspiraba a ser un texto de fundación y asentamiento de las naciones hispanoamericanas y su identidad. No parecen congeniar con su propósito declarado. ¿Será entonces que tienen razón aquéllos que en los grandes poemas de Bello de la etapa londinense ya ven una transición hacia el Romanticismo, donde dominaba la voz de un Yo personal y apasionado?

Fue sobre todo Rodríguez Monegal (1969: 72) quien pudo mostrar que Bello, después de la publicación de la *Alocución a la Poesía*, se familiarizó con el Romanticismo inglés coetáneo y que, a raíz de los conocimientos de la renovación romántica en las letras que iba acumulando, comenzó a apartarse de las normas estrictas del Neoclasicismo. Sin embargo, no se podrá hablar de una expresión de subjetividad romántica en los versos citados de los borradores de las »Silvas americanas«. Faltan las características fundamentales de la poesía romántica como, en primer lugar, la creación de un Yo, sujeto enunciator, como punto de convergencia singular y radicalmente subjetivo de experiencias y constituciones de sentido, opuestas al mundo y a la sociedad (Hühn 1995, I: 253ss.). Falta el abandono del principio de la mimesis con respecto al mundo poéticamente representado a favor de una expresión inconfundible y espontánea del Yo enunciator, orientada hacia un sistema de valores individuales. En el poema romántico el hablante lírico ya no se concibe como portavoz de una verdad general que se comunica de acuerdo a una serie de normas poéticas e ideológicas compartidas, o, por lo menos, aceptadas por el destinatario. Más bien plantea su visión y/o apropiación del mundo sin pretensiones de fundarlas en principios de razón y entendimiento universales.

Nada de eso se encuentra en los versos de expresión de subjetividad de las »Silvas americanas« y sus borradores. La añoranza de las tierras patrias en Bello no sale del marco de la poesía de la sensibilidad ilustrada, tal como se había desarrollado a lo largo del siglo XVIII en el Neoclasicismo europeo y

seguía practicándose en los primeros decenios del siglo XIX.¹⁴ A pesar de su interés por la épica medieval y su (parcial) revalorización de los poetas del Siglo de Oro, especialmente Garcilaso, Rioja y Herrera¹⁵, Bello se mantuvo dentro de los límites de un ideal poético heredado del siglo XVIII y principios del XIX, adaptado a sus fines de crear una poesía de fundación para las nuevas naciones (hispano)americanas. Para ello se sirvió de los modelos de la figura del *poeta vates* y del *poeta doctus* que le proporcionaba la poesía de la antigüedad greco-latina tan admirada por él, reservando la expresión de subjetividad en la tradición de la sensibilidad ilustrada a los versos de añoranza de un trópico americano idealizado, identificándolo, en última instancia, con su Venezuela natal. Cuando en 1826 escribió los versos de *poeta exul*, ya debía intuir que nunca volvería a verla.

Hacer constar que Bello, a pesar de sus conocimientos del Romanticismo, especialmente del inglés, que iba adquiriendo en Londres, se atuvo en las »Silvas americanas« a las normas de la poesía neoclásica, no significa atribuirles una imperfección, como a veces se ha intentado (Uribe Arce 1973). Antes bien, ayuda a comprender en qué medida el poeta caraqueño supo crear-se un lugar destacado e inconfundible en el marco de una tradición que, aún al principio del siglo XIX, dominaba y a la cual, junto al hoy desacreditado Delille, también habían pertenecido Alfieri, Schiller, Hölderlin y (en parte) Goethe. Para poder apreciar cuáles son los moldes de expresión que esta tradición le ofrecía a Bello, vale la pena volver una última vez a su poesía.

Entre los versos de los borradores poéticos también se encuentra un fragmento que evidentemente pertenece al ámbito de la expresión del exilio vivido en la etapa londinense.¹⁶ Tiene un tono casi hölderlineano y da la palabra a una voz a la que Bello otorga todo el dolor del desterrado:

No para mí, del arrugado invierno
rompiendo el duro cetro, vuelve mayo
la luz al cielo, a su verdor la tierra.
No el blando vientecillo sopla amores
o al rojo despuntar de la mañana

14 Esta tradición de la poesía de sensibilidad marca aún los poemas de José María Heredia (cfr. Altenberg 2000), a los que bajo el título de »Juicio sobre las *Poesías* de J.M. Heredia« (Nueva York, 1825) Bello dedicaría una larga reseña en *El Repertorio Americano* II (1827), pp. 34-45.

15 Véase la reseña »Juicio sobre las obras poéticas de Don Nicasio Álvarez de Cienfuegos«, en *Biblioteca Americana* I (1823), pp. 35-50, p. 35.

16 Se encuentra con unas variantes de redacción en la edición caraqueña de las *Obras completas*, I: *Poesías*. La comisión editora lo fecha alrededor de 1820.

se llena de armonía el bosque verde.
Que a quien el patrio nido y los amores
de su niñez dejó, todo es invierno.
(O.C. I, p.42).

El hipérbaton de los primeros tres versos, que violentamente rompe el fluir sintáctico, también indica lo que expresa el sentido literal de las palabras: para aquél que aquí habla, mayo, al romper el duro cetro del invierno, no devuelve al cielo la luz ni a la tierra su verdor. A él no le murmura el blando vientecillo de amores ni se le llena el bosque verde de armonías. Porque para quien dejó la patria y lo que amaba en su niñez, »todo es invierno«.

Bibliografía

I. Textos

Bello, Andrés: *Obras completas*, I: *Poesías*. Caracas: La Casa de Bello ²1981.

Bello, Andrés: *Obras completas*, II: *Borradores de poesía*. Caracas: La Casa de Bello ²1981.

Biblioteca Americana, o Miscelánea de Literatura, Artes i Ciencias. Por una Sociedad de Americanos, t. I y II. Londres 1823 (Edición de la Presidencia de la República en homenaje al VI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua. Caracas 1972).

Horatius Flaccus, Quintus: *Opera*. Edidit Fridericus Klingner. Leipzig: Teubner 1982.

El Repertorio Americano, t. I, II, III y IV. Londres 1826-1827 (Edición de la Presidencia de la República en conmemoración del Sesquicentenario de la Independencia Literaria de Hispanoamérica. Prólogo e Índices por Pedro Grases, 2 vols. Caracas 1973).

Vergilius Maro, Publius: *Opera*. Recognovit brevisque adnotatione critica instruit R.A.B. Mynors. Oxford: Oxford University Press 1969.

II. Estudios

Altenberg, Tilmann (2000): *Melancolia en la poesía de José María Heredia*. Frankfurt: Vervuert (en prensa).

Araya, Guillermo (1979): »Destierro y poesía: Bello y Neruda«, en: *Hommages des hispanistes français à Noël Salomon*. Barcelona: Editorial Laia, pp. 73-90.

Araya, Guillermo (1982): »América en la poesía de Andrés Bello«, en: *Diálogos Hispánicos de Amsterdam 3* (Homenaje a Andrés Bello en el bicentenario de su nacimiento (1781-1981), pp. 49-95.

Ardao, Arturo (1987): *La inteligencia americana*. Montevideo: Dirección General de Extensión Universitaria.

Barnola, S.J., Pedro P. (1962): »La poesía de Bello en sus borradores«, en: *Obras completas de Bello*, II: *Borradores de poesía*. Caracas: La Casa de Bello, pp. XIII-CV.

Cussen, Antonio (1992): *Bello and Bolívar. Poetry and politics in the Spanish American Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press.

-
- Durand, René L.F. (1960): *La poésie d'Andrés Bello*. Dakar: Université de Dakar.
- Gerbi, Antonello (²1993): *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. Traducción de Antonio Alatorre. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gomes, Miguel (1998): »Las Silvas americanas de Andrés Bello: una relectura genológica«, en: *Hispanic Review* 66, pp. 181-196.
- Gunia, Inke; Meyer-Minnemann, Klaus (1998): »José Joaquín de Olmedo: *La Victoria de Junín. Canto a Bolívar* (1825). Legitimación política y legitimidad poética«, en: Dieter Janik (ed.): *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)*. Frankfurt: Vervuert, pp. 219-235.
- Hühn, Peter (1995): *Geschichte der englischen Lyrik*, 2 vols.. Tübingen-Basel: A. Francke Verlag (=UTB, 1847-1848).
- Klibansky, Raymond; Panofsky, Erwin; Saxl, Fritz (1992): *Saturn und Melancholie. Studien zur Geschichte der Naturphilosophie und Medizin, der Religion und Kunst*. Frankfurt: Suhrkamp (=stw, 1010).
- Rodríguez Monegal, Emir (1963-64): »Res. Andrés Bello, *Obras completas*. Tomo 2: *Borradores de poesía*, Caracas, 1962«, en: *Nueva Revista de Filología Hispánica* 23, pp. 399-406.
- Rodríguez Monegal, Emir (1969): *El otro Andrés Bello*. Caracas: Monte Avila.
- Uribe Arce, Armando (1973): »Poesía de Bello«, en: Alamiro Avila Martel (ed.): *Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello*. Santiago: Editorial de la Universidad de Chile, pp. 184-217.